

# El mundo del libro

Escribe: AGUSTIN RODRIGUEZ GARAVITO

LA SUBVERSION EN COLOMBIA—Por Orlando Fals Borda—Universidad Nacional. Ediciones “Tercer Mundo”. Bogotá. Colombia.

Tiene el sociólogo Fals Borda una cultura brillante, pero dirigida. Sus tesis se agrupan para una batalla imaginaria contra la tradición colombiana que considera desueta, inerte, sin proyección en la vida nacional actual. Borrón y cuenta nueva, parece ser su consigna. Queremos afirmar, desde ya, que nuestra pluma no se mueve al servicio de un macarthismo nacional, de odiosas vivencias. Pero ideológicamente nos encontramos en la orilla opuesta del ladino sociólogo que presenta sus conceptos, muchos de ellos buídos, y algunos ciertos, con una apariencia beatífica, red peligrosa para los incautos. Fals Borda viene empeñado desde hace varios años en una tarea de pica, con ánimo de socavar un orden, que, según su concepto, es un desorden nacional. Según sus numerosas monografías, la iglesia católica, ha sido un lastre para nuestra Nación. Causante del feudalismo, de la noche ferrada del encomendero, del más cerrado obscurantismo. Tesis que ha sido ya aventada como desueta, sin raíces en la realidad colombiana. La fisonomía espiritual de un pueblo como el nuestro, de tan honda raíz hispana, no podemos socavarla dejando esas raíces como muñones trágicos al aire. Somos hispanos porque de Iberia recibimos una serie de valores que constituyen el Alfa y el Omega de nuestro Ser nacional. Ni anglicanos, ni franceses, ni mongoles, simplemente iberoamericanos, con sus trágicas o hermosas consecuencias. Hasta el momento nadie ha podido cambiar de madre que sepamos nosotros.

Fals Borda, escribe algunas verdades que compartimos. Pero otras se encuentran reñidas con nuestro pensamiento. El orden es un concepto moral, antes que una panacea revolucionaria. Precisamente las “revoluciones”, principalmente las de los ideólogos, se quedan escritas en el papel, cuando no sirven para desembocar en un “idiotismo útil”, muy propicio para los fermentos revolucionarios, nacidos y alimentados por el hongo venenoso del resentimiento. Claro está que compartimos la tesis de Fals Borda de que se necesita una transformación en la vida colombiana. Pero

son pocos los revolucionarios capaces de resistir el halago burocrático y los dorados gajes de la burguesía. El idealismo entre nosotros, claudica cuando los poderosos llaman a su servicio a los "revolucionarios". Falta la convicción, valiente pero sincera de Camilo Torres, el prócer o la de Camilo Torres Restrepo, el sacerdote, para llegar hasta los últimos límites. Los sociólogos de izquierda en Colombia quienes pregonan la destrucción del orden existente, se quedan en el terreno movedizo, falso y dañino de la demagogia.

El sociólogo Fals Borda, con una equivocación protuberante de la realidad colombiana, hace partir todos los males y aflicciones de Colombia del 9 de abril de 1948. Esto no es cierto. No corresponde a la realidad. Violencia ha habido en Colombia desde tiempos inmemoriales, antes de los Comuneros, después de estos, en la guerra emancipadora, en las numerosas guerras civiles que aún no han terminado. Solamente hubo un período de paz, durante la hegemonía conservadora, que al sociólogo comentado le tiene que causar horror. Pero la violencia ha estado siempre en estado presente en la historia de Colombia, desde mucho antes de la Independencia. Nuestras famosas transmisiones del mando al adversario, han producido más muertos que una guerra civil declarada. Pero el doctor Fals Borda, acomodaticia y maliciosamente, hace arrancar la violencia del año de 1948. Se puede ver, en consecuencia, que desconoce la historia del país o que la olvida con cautela para no perder los fines que busca en todas sus publicaciones.

Claro que existe insatisfacción en el pueblo colombiano. Y que aumenta cada día. Pero la solución por medio de una subversión violenta, no es el camino para cambiar valores desuetos. Ha corrido mucha sangre de inocentes en este país, para soñar con un cambio radical por medios violentos. Esa fue la tremenda equivocación del sacerdote Camilo Torres Restrepo, quien, al final de su vida, confundió el Bien y el Mal, el cristianismo con el materialismo.

Pero nadie negará al sociólogo Fals Borda, la seriedad y responsabilidad de su trabajo. En un país en el cual los escritores se contentan con producciones enanas, con resobar temas manidos, sin atreverse a la gran aventura de la inteligencia, Fals Borda, trabaja porque tiene una mística y busca fines determinados. Ojalá su obra sociológica no sirva para la explotación por quienes confunden la revolución con la sangre, la destrucción de todo orden, en favor de un cambio violento, en el cual naufraguen todos los valores que son colombianos, mueven nuestro mundo anímico, configuran el querer y el quehacer patrios. Con sociólogos como Fals Borda, que desborda la temática estricta de esta ciencia para abordar mañosamente temas políticos, es preciso andarse con mucho cuidado. Al menos quienes queremos la transformación, no a base de apellidos que vienen desde la Colonia, sino hecha con las nuevas gentes que piensan, estudian y son la lumbre moral, el silencio creador del pueblo colombiano, sin genealogías de dudosa frondaje.

\* \* \*

LA EDUCACION DEL ADOLESCENTE—Por Gabriel Anzola Gómez—Editorial Norma. Cali. Colombia

Gabriel Anzola Gómez es uno de los pocos colombianos que vienen construyendo con la inteligencia y el corazón, una nueva patria para los compatriotas urgidos de un mundo mejor. Educador nato, sus inquietudes lo han llevado por todos los caminos del mundo, en busca de gentes que necesiten luces para caminar en la oscuridad. Silenciosamente, sin oropeles, sin la fuerza efímera que otorga una celebridad hecha de amistades y linotipos, Anzola Gómez ha cumplido una eminente tarea pedagógica de aquellas que nos honran a todos por igual. Se ha inclinado sobre los problemas de la adolescencia, de la juventud, del hombre en general, en busca de rutas para elevar su nivel cultural. Tarea grata e ingrata al mismo tiempo. Porque el educador vocacional, y Anzola Gómez lo es en grado eminente, gusta de su tarea aunque ella esté cercada de cautela y signada por la ingratitud. La educación es algo intemporal, cuyos frutos no podemos recoger el mismo día que se siembra la semilla. Esto lo sabe bien este educador cuya vida ha sido una entrega total, sin vacaciones, al trabajo de dignificar a la juventud y esclarecer sus rumbos. Muy inciertos en este tiempo amargo, cruzado de interrogantes, vacilante, sin metas orientadoras.

Este nuevo libro de Anzola Gómez *La educación del adolescente*, es una seria contribución al estudio de una edad biológica del hombre en la cual es preciso saber orientarlo, adaptarlo, crear suscitaciones, enfocar su pubertad en orden a encontrarse a sí mismo. La adolescencia es una encrucijada, eso escribió Ramón y Cajal. Y ello es cierto, porque es el momento de la vida en el cual se debe estar atento al desarrollo, a las aptitudes, a las inclinaciones del adolescente. Minuto esencial para la educación y la orientación, pasado el cual, ya será muy difícil hallar nuevos rumbos o suscitar entusiasmos en el hombre. Este libro, claro, didáctico, de verdadera docencia, debe ser leído por educadores y por todos aquellos padres de familia que buscan una luz en la noche, ahora que se hace necesario un proceso honesto de activar una transformación honda, auténtica en el alma de la juventud.

\* \* \*

CONVERSANDO...—Por Laureano García Ortiz—  
Biblioteca de Historia Nacional. Volumen CIX. Bogotá.  
Colombia.

La Academia Nacional de Historia de Colombia ha querido honrar al insigne colombiano doctor Laureano García Ortiz, con la reproducción, en un volumen un poco pesado y de escaso mérito editorial, de la obra escrita de este colombiano, quien fuera en vida, un fino espíritu, un observador sagaz de hombres y nombres, un activo patriota y un fino glosador de realidades colombianas e internacionales.

El doctor Laureano García Ortiz manejaba una prosa directa, muy clara, muy lúcida y latina. Parecía tener santo horror por lo barroco, por esa fiebre lírica de tan altas temperaturas, de los mejores escritores es-

pañoles. Su formación era esencialmente francesa. De ahí la concisión, la sobriedad, el nombrar las cosas por su verdadera realidad, sin perderse en frondosidades excesivas. Fue testigo de muchos acontecimientos de la vida colombiana que hoy son polvo, memoria, pero que, en su hora, constituyeron grandes acontecimientos. El tiempo tiene la virtud de borrar aristas, sumergir en dársenas de olvido, todo aquello que, en su hora, alcanzó las más altas cimas. Es cuestión de vida, de realidad que no podemos cambiar. No obstante, aquellos hechos se convierten en experiencia, en tradición, sirven de punto de apoyo para lanzarnos hacia el futuro. La historia jamás comienza con nosotros, preciso es admitirlo. De ahí el valor inestimable de muchas de estas páginas, tan ricas en vida interior, en apreciaciones sutiles, en admoniciones y sentencias. Acaso lo que resta de un escritor es principalmente la cantidad de humanidad que haya puesto en su tarea. En este sentido Laureano García Ortiz, es uno de los grandes clásicos colombianos. Porque no gustaba de recrearse en el paisaje, en la turgencia de las cosas, en cierto panteísmo al cual somos muy inclinados los escritores colombianos.

Quería, antes que todo, descubrir la máscara humana, la razón de los actos en función vital, sin el juego solitario de las ideas que no son movilizadas por hombres, sino que se convierten en juego mental, sin arraigo en un mundo germinativo y en permanente ebullición. Se interesó por el hombre colombiano, como otros se interesan por las abejas o coleccionan estampillas. Eso mismo abrillanta y le otorga perdurabilidad a este haz de gavillas de su inteligencia. *Conversando...* es un libro ameno, curioso, rico en descripción de almas, prosa muy francesa, sin concesiones al retoricismo delirante.

Por todo ello, por el empeño que puso García Ortiz en honrar a quienes crearon nuestra nacionalidad, por su alta dignidad humana, su libro merece ser leído en una época en la cual triunfa lo fácil, efímero, sin raíz alguna, inclusive donde también ha encontrado campo propicio una especie de desgonzamiento de la nacionalidad colombiana que nos atrista y avergüenza.

\* \* \*

EL SIGNO—Poesías—Por Lucía Vergara Díaz—Editorial PAX. Bogotá.

Nuevamente Lucía Vergara Díaz nos trae su mensaje poético. Libre de contaminaciones. Trabajado por una artista del verso. Un leve romanticismo pasa por algunos de sus poemas. Como un manso vientecillo de huerto candeal. Pero sin dejar por ello, de sumergirse en la atmósfera de la poesía moderna, en lo que pueda tener de verdadero y profundo. ¡Se han escrito ya tantos libros de versos, que es difícil hallar nuevas resonancias! No obstante ser esta una apreciación verdadera y valedera, la imaginación y la sensibilidad, trenzadas como las manos que se juntan en oración o ruego, puede aún suscitar en nosotros recuerdos, peregrinas memorias, eco de edades perdidas o de sentimientos abolidos. Que se levantan del fondo de la sangre, para un itinerario punteado por la soledad. Lucía Vergara

Díaz, logra en su poesía ese milagro de reconstruir para nosotros estaciones del alma, palabras con vida, siempre forjadoras y esclarecidas por una lumbre quieta y embelesada. No grita, no anda en desesperanza, no trae las uvas del rencor o del sexo para repetir la eterna tristeza humana y el sitio que le corresponde a la mujer en ese mundo de enigmas y de velos.

La poesía de Lucía Vergara Díaz, tiene hondura y aquella castidad esencial que es la fuente de toda ternura, el aire de las colinas de la infancia, la serenidad del crepúsculo vespertino. Sus poemas han sido pensados, fruto dorado de una inteligencia que sabe auscultar lo circundante, lo pánico y también lo esencial del mundo. Naturaleza y vida interior. Las dos verdades eternas de toda poesía que merezca tal nombre. Es cierto que algunos poemas no mantienen el ritmo de algunos sonetos de factura nobilísima. Decaen, se desploman sus arquitecturas. Pero esto demuestra que la escritora tiene que habérselas con el mundo de las imágenes y con la propia cita consigo misma. Es una tarea de despojo, necesaria, aunque no todo en sus poemas guarde una unidad poética. Ya irá la escritora buscando caminos de evasión. Porque las palabras suelen ser engañosas. Es preciso ser cauto en su uso. Las palabras igual a potros en la llanura, están listas a desbocarse, ululantes. Frenarlas, contener su ímpetu, amortiguar sus brillos es tarea lenta, verdadera maceración intelectual. Lucía Vergara Díaz, no se deja conducir por un mundo abstraccionista, desolado, sin mensaje. En esto se diferencia de otros poetas nuestros, esclavos de formas que son inauténticas. Remedo de otros poetas mayores, humildes monaguillos de catedrales en las cuales offician poetas auténticos y egregios.

El poeta tiene que liberarse de influencias. De lo contrario su poesía tendrá un valor muy relativo, un mérito escaso y muy pronto su obra será arrojada por el escotillón hacia el olvido.

Leamos dos sonetos hermosos de este libro *El signo*, que aprestigia a su autora, cuya vocación poética es firme y decidida:

#### LIMITE

*Tántas cosas perdidas y olvidadas,  
o que apenas dejaron leve huella,  
como el mítico nombre de una estrella  
o las figuras ya desdibujadas.*

*Cuántas palabras nunca pronunciadas,  
cuánto recuerdo que sin luz destella,  
como un nombre de flor extraña y bella  
que alguna vez atrajo las miradas.*

*Y no puedo saber cómo ni dónde  
están aquellos que decir podrían  
lo que busca mi voz en vano empeño.*

*¡Inútil preguntar! Nadie responde:  
ya las bocas amadas que sabían  
alcanzaron el límite del sueño.*

*La vida, como vida va pasando  
y sentimos tan nuestras sus raíces  
que a pesar de sus hondas cicatrices  
a vivir nos seguimos aferrando.*

*La muerte, como muerte, va llegando;  
fresca la piel o los cabellos grises,  
y lo mismo felices o infelices,  
sabemos su venida, no su cuando.*

*Nos envuelve la sombra y nos aterra;  
los que nada comprenden y los cuerdos  
vivimos angustiados y dolidos.*

*Y vagamos perdidos por la tierra,  
quien sabe si olvidando los recuerdos,  
o recordando todos los olvidos.*

\* \* \*

POEMAS ITALIANOS—Por Néstor Madrid Malo—  
Editorial Antares. "Tercer Mundo". Bogotá. Colombia.

El escritor Madrid Malo es un hombre que rastrea por muchos caminos de la inteligencia en busca de motivos. El teatro, el cuento, la glosa ligera, ha traído resonancias de todos estos campos. Su tarea, en consecuencia tiene mucho de divulgadora, de obra de un hombre culto que quisiera abarcar numerosos territorios del espíritu. Para algunos esto lo hace sospechoso de superficialidad. Opinión que no compartimos. Porque un escritor puede ensayar numerosas formas intelectuales, si logra en ellas una madurez, una viveza, un sentido creador de su tarea.

Estos 18 sonetos y cuatro poemas, dedicados a cantar motivos de la Italia latina y eterna, es cierto que muy poco aportan a la lírica universal. Italia, sus bellezas, sus paisajes, sus artistas representativos, sus sitios amados, sus piedras seculares, su historia, han sido cantadas por poetas egregios, por maestros de la latinidad. Por tanto, es muy difícil aventurarse por ese mundo, que ofrece engañosas perspectivas. Lo propiamente original, cuando se habla de Italia, ya es casi imposible hallarlo. El tema está prácticamente agotado. Los poemas de Madrid Malo son más bien un acto de amor, de puro afecto hacia Italia melodiosa, su raza, sus creaciones que son obra del genio y tienen su propia atmósfera y temperatura vital.

En todo caso, se trata de algo cordial, de un sentimiento profundo de amor por ese mundo alucinante, por esa madurez de melodía en otoño. Desde este ángulo de vista, el libro de Madrid Malo tiene plena justificación. En cuanto a su perdurabilidad, no creemos que sea muy extensa y logre salvarse de las dársenas del olvido.

\* \* \*

LAGRIMAS DEL DIA—Poemas—Segunda Edición.  
Por Rafael Naranjo Balcázar—Medellín. Colombia.

Es esta la segunda edición del poemario de Rafael Naranjo Balcázar. La primera la publicó su autor hace algunos años, y, ahora persiste, en volver con sus poemas, con algunos nuevos, corregidos y aumentados como se acostumbra a decir en el lenguaje de libros nuevamente reeditados. ¿Ha ganado algo, la poesía de Naranjo Balcázar, con esta segunda salida? Nos parece que no. Menos mal que el autor nos informa que él no escribe como un poeta entregado a este duro y amargo oficio, sino que más bien es como una especie de recreación de temas de su intimidad, de aquella parcela en la cual nos encontramos con nosotros mismos y con las gentes de nuestra sangre y esperanza.

Naranjo no gusta de exteriorizarse, de clamar frente a los elementos, de asistir como testigo desgarrado y patético, al drama del mundo. Su intimismo es de penumbra, de atmósfera familiar, encerrándose en su mundo, bajo una campana neumática. Al faltarle a sus poemas más hálito trascendente, se convierten en una especie de desvaídas tarjetas postales, recuerdos de la sangre y de la familia. Naturalmente una poesía así, tiene que reducir su ámbito, convertirse en algo muy personal, de una intimidad demasiado inactual. No es la suya una poesía que se confiese en voz alta. Penumbrosa, silenciosa, tercamente rodeada de las cosas y rostros familiares, carece de hondura, de mensaje, de fuerza de onda o de desolada presencia del hombre, arrodillado frente a la furia de los elementos y del mundo cribado por la angustia.

Por todo esto, Rafael Naranjo Balcázar, se ha quedado en una penumbra discreta, allí donde solo se oyen las voces familiares.